

DANIEL CAMPIONE* Y BEATRIZ RAJLAND**

PIQUETEROS Y TRABAJADORES OCUPADOS
EN LA ARGENTINA DE 2001 EN ADELANTE
NOVEDADES Y CONTINUIDADES
EN SU PARTICIPACIÓN Y ORGANIZACIÓN
EN LOS CONFLICTOS***

LOS ANTECEDENTES DE LA REBELIÓN ARGENTINA

El 20 de diciembre de 2001, la sociedad argentina realiza por primera vez la experiencia de un presidente expulsado directamente por millares de personas en las calles. Sublevaciones con puntos de contacto en su desarrollo con este último pronunciamiento popular fueron las que facilitaron, hace tres décadas, el ocaso de la dictadura militar del período 1966-1973. Pero en ellas no se llegó a expulsar directamente a los militares del poder, sino a forzar una retirada gradual y presentada por ellos como *voluntaria*. El hecho de que un presidente tenga que huir de la Casa de Gobierno acosado por una manifestación popular masiva que no retrocede ante la represión, constituyó de por sí una novedad trascendente, un salto cualitativo en el poder efectivo de las masas para cambiar el rumbo político del país.

* Profesor de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Investigador de la Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas (FISYP), Argentina.

** Profesora de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Investigadora de la Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas (FISYP), Argentina.

*** El presente artículo fue elaborado con la colaboración de Miguel Mazzeo, profesor de la UBA e investigador de la FISYP.

Un punto inicial para arribar a la comprensión de la rebelión argentina es que no se trató de un movimiento puramente *espontáneo*, de un *estallido* de un momento, que brotó de la nada para volver a hundirse en ella. Por el contrario, la segunda mitad de la década del noventa fue un período signado por el aumento de la desocupación, la pérdida salarial, el empeoramiento de las condiciones de trabajo, el deterioro de los sistemas de salud y educación, etcétera. Pero también, y en medida creciente, por la gradual reorganización de los espacios sociales más variados, y una revalorización de la acción colectiva signada por la progresiva pérdida del miedo instaurado desde la dictadura. Al *uno* aislado buscando su salvación que se proponía desde el poder, posición que amenazó tornarse hegemónica durante parte de la década del noventa, le sucede el *muchos* tratando de encontrar un camino común, tanto para enfrentar al poder como para construir espacios de decisión propia, de creación y autonomía. En el momento del *estallido*, los componentes de relativa espontaneidad pusieron de manifiesto lo que Gramsci llamaría elementos de *dirección consciente* que anidaban en su interior. No hubo *organización* ostensible en el sentido tradicional de acción concertada y planificada, pero sí una presencia de los sectores organizados y de la conciencia cimentada por las luchas anteriores. Y estos elementos se siguieron manifestando también en el auge de las luchas de los meses subsiguientes.

Esa recomposición de las clases subalternas, junto con el progresivo hartazgo de la situación de empobrecimiento permanente que se sufre desde hace un cuarto de siglo, más la gradual disipación del opresivo clima ideológico que siguió al derrumbe del bloque del Este, y el ejemplo de otras protestas multitudinarias y en ocasiones triunfantes, se condensaron para producir la marea humana que el 20 de diciembre no retrocedió ni frente a las balas policiales, sancionó en los hechos la deposición del presidente, e inició un verano de movilización permanente, de continua creación de nuevas formas de organización y expresión, que convirtieron, por un tiempo, a Argentina en una especie de laboratorio social en movimiento, lleno de experiencias innovadoras, o del rescate de otras viejas que habían pasado al olvido.

LA IRRUPCIÓN DE DICIEMBRE DE 2001

Una mirada de superficie, centrada en la *clase media* y en el núcleo de los grandes conglomerados urbanos, tendía a percibir una sociedad argentina *dormida*, con escasa capacidad de reacción antes de los últimos meses de 2001. Por el contrario, no se puede explicar la espontaneidad rebelde desatada en los días finales de ese año, sin filiarla en las luchas, en general menos espontáneas, que se sucedieron en los años noventa. Hay al respecto coincidencia amplia entre los autores que han tratado las movilizaciones argentinas (Svampa y Pereyra, 2003; Zibechi,

2003; Iñigo Carrera y Cotarelo, 2003). Los hechos de esos días, y de los meses que siguieron, correspondieron a una acumulación de tensiones económicas y políticas en la coyuntura inmediata, pero no pueden comprenderse sin prestar atención al desarrollo de las formas de organización y movilización desenvueltas desde la segunda mitad de la década del noventa. Como se expresa en uno de los trabajos al respecto, los hechos de diciembre de 2001, “toma en su seno, y a la vez supera, todas las formas de rebelión (*revuelta del hambre, motín, manifestación, toma o barricada, huelga*) presentes en los últimos doce años en Argentina” (Iñigo Carrera y Cotarelo, 2003: 305, énfasis en el original). Mas aún, la variedad e intensidad de las experiencias, abarcando a variados ámbitos geográficos, sectores sociales y campos culturales, justifican que se haya considerado que en estos últimos años Argentina es un *gigantesco laboratorio de experiencias sociales* (Lucita, 2002), y que la multiplicidad de experiencias, a pesar de no responder a modelos y programas únicos, constituye una verdadera “contraofensiva” (Sztulwark, 2003: 16), que por añadidura se vincula estrechamente a un conjunto de movimientos con *rasgos insurreccionales*, que desplazaron presidentes y transformaron hondamente el equilibrio político en varios países latinoamericanos, tales como Perú, Ecuador, Bolivia, etcétera (Campione, 2003a).

En los meses posteriores a diciembre de 2001, se expresó con alta intensidad y masividad, y cuestionando abiertamente al poder político, un sustrato de nuevas organizaciones, renovadas formas de lucha, novedosos métodos de construcción política, que a favor de un descontento creciente y extendido, habían tomado forma a partir de los últimos años de la década del noventa. Los piqueteros constituyen el núcleo de este fenómeno, pero se los puede rastrear entre sectores de capas medias sin referencias organizativas preconstituidas (las asambleas populares), en el campo de los derechos humanos (con el accionar de organizaciones nuevas, como H.I.J.O.S o CORREPI y la modalidad de los “escraches”)¹, en ámbitos del movimiento obrero ocupado (en particular estatales), en el movimiento estudiantil, en las manifestacio-

1 H.I.J.O.S es la organización, creada en la segunda mitad de los noventa, que agrupa a los hijos de desaparecidos durante la última dictadura militar, ya llegados a la mayoría de edad y a la militancia social y política. Fue esa organización la que comenzó a popularizar los “escraches”, forma de protesta que consiste en dirigirse a la casa de los represores de la dictadura y ponerlos en evidencia frente a sus vecinos. La misma modalidad fue utilizada luego contra políticos corruptos, medios de comunicación que desinforman, empresas que despiden trabajadores, etcétera. Sustituto popular de la acción de los poderes públicos, expresado con una mezcla de ira y clima festivo que podría recordar hasta las cencerradas medioevales, el escrache ha sido una de las más originales creaciones populares desde la protesta social frente a la crisis de fines de los noventa. Por su parte, la CORREPI (Coordinadora contra la represión policial e institucional) es una agrupación que lucha por la defensa de asesinados, presos y torturados, no ya por la dictadura, sino en épocas democráticas, generalmente bajo la cobertura, real o supuesta, de la comisión de delitos comunes.

nes artísticas populares. El conjunto permite pensar en una insinuada contraofensiva de las clases subalternas, después de soportar ataques desde las clases dominantes que parecían no tener fin. Incluso aparecía (como en los escraches), la tendencia a producir no protestas o reclamos al poder político, sino hechos que tenían un significado en sí mismo, acciones que *castigaban* directamente los intereses o el prestigio de aquellos percibidos como enemigos.

Hasta ahora, los nuevos actores sociales surgidos o potenciados a partir de las jornadas de diciembre de 2001 han tenido en común una alta preocupación por la autonomía frente al Estado, las patronales, y los partidos políticos *sistémicos*. Esa preocupación se enarbola a menudo como bandera, vinculándola con el rechazo generalizado a la dirigencia política, que en su versión más simplista se expresa como *antipolítica* en toda su latitud, que suele acompañarse con una reivindicación de lo *social* como opuesto a lo *político*. Y el rango de la *autonomía* se extiende en dirección a los partidos de izquierda, las organizaciones sindicales y, en general, cualquier estructura más amplia que el propio movimiento². La política, y con ella la perspectiva de transformación general de la sociedad, termina desapareciendo, y se hace un culto de lo *local*, lo *micro*, lo estrechamente sectorial. En ese costado deben contabilizarse importantes rasgos de debilidad por parte de los nuevos movimientos, que so capa de buscar un máximo nivel de democracia y negar acatamiento a cualquier liderazgo preconstituido y a todas las *verdades aceptadas*, corre el riesgo de recluir la conciencia colectiva en un corset que, bajo una sofisticada cáscara, oculte el repliegue al plano económico-corporativo.

El rechazo a la política profesionalizada y a las organizaciones verticales y jerárquicas lleva a veces a negar toda implicación con el Estado y con la idea de *lucha por el poder*, corriendo el riesgo de impedir que los movimientos se proyecten hacia la lucha política. El *Que se vayan todos* tan popularizado a comienzos de 2002 no alcanzó a encarnarse en una posición más progresiva, en un *programa* más concreto que el rechazo global al orden existente, que en ocasiones resultaba paralizante para el propio desarrollo del movimiento.

La conflictividad social tuvo claramente un pico. Se produjo una coyuntura particular en la que prácticamente todos los poderes sociales, tanto los estatales como los *privados*, estaban puestos en cuestión. No sólo el Ejecutivo, sino el Legislativo y la justicia, buena parte de

2 Una manifestación de una visión de este tipo puede verse en MTD Solano/Colectivo Situaciones (2002), la que se basa en presupuestos teóricos que remiten, entre otros, a Holloway (2002), cuyos trabajos contienen un planteo con aristas sumamente discutibles, pero al que no debe negársele valiosos aportes orientados a la crítica profunda, desde el interior de la tradición marxista, a la teoría leninista de la revolución. Ver al respecto Tichsler (2004).

los gobiernos locales, sectores de la gran empresa más vinculados a la corrupción estatal (empresas privatizadas de servicios públicos) o a la especulación ruinosa para las capas medias (los bancos), y algunos medios masivos de comunicación (sobre todo los diarios más conservadores u oficialistas) sufrían marchas de repudio, cacerolazos, escraches, y eran incluidos de alguna manera en el *Que se vayan todos*, consigna que indicaba de un modo difuso la voluntad de librarse de toda una dirigencia que había perdido toda legitimidad. Es de notar, sin embargo, que la dirigencia política aparecía en un lugar de culpabilidad mayor y más frecuente que el empresariado, y por momentos aquella consigna *Que se vayan todos* tomaba un sesgo antipolítico potencialmente reaccionario (y sectores de derecha trabajaban activamente para que así fuera). En medio de la riqueza y el empuje del movimiento, se manifestaban así serias limitaciones.

En parte por eso, la euforia de los primeros meses de 2002, de movilización permanente, y signados por la radicalidad de las propuestas, dio paso en muchos casos, casi sin transición, a cierta depresión, que viabilizó por omisión una transición política tortuosa y de dudosa legalidad, que al comienzo parecía condenada al fracaso.

Después de esos meses, la movilización experimentó un progresivo reflujo, primero más coyuntural, ligado al agotamiento de un momento de auge de movilizaciones en los más diversos campos que no podía mantenerse por mucho tiempo en ese nivel de intensidad y continuidad; y luego, por un proceso de recomposición gradual de la autoridad estatal y de *pacificación* del conflicto, impulsado desde el poder político, que logró:

- Estabilización económica tras el descalabro de la devaluación y sus secuelas (febrero 2002), llegando más o menos rápidamente a índices inflacionarios reducidos, ya en los últimos meses de 2002.
- Un mecanismo de asistencia social elemental pero eficaz dentro de sus limitados objetivos, con los planes Jefes y Jefas de Hogar, a partir de mediados de 2002, que llegaron a centenares de miles de trabajadores, con sistemas de distribución que incluyeron a algunas organizaciones piqueteras³.
- Una solución progresiva al conflicto más acuciante con sectores medios, la confiscación de los depósitos bancarios, que fueron progresivamente devueltos o compensados a los ahorristas.

³ Por medio de ese plan nacional, se pagan subsidios a personas desocupadas que tengan cargas de familia, equivalentes a 50 dólares al mes, cifra menor al nivel de ingresos por debajo del cual se considera indigente a una familia en Argentina.

El clima *antipolítico*, reluctante a formular propuestas de acción y a coordinar iniciativas, tuvo mucho que ver con el insuficiente proceso de acumulación anterior a diciembre de 2001, que colocó a la movilización popular frente a una realidad de carencia de elementos básicos para intentar con algún éxito llevar adelante un programa común, generar alguna cohesión en el propio campo. Era un movimiento que carecía de *tradición* en el sentido de que sufría aún el corte histórico de la dictadura, llevado adelante por organizaciones en su mayoría muy nuevas, con un marco de referencias de escasa legitimidad, sin una dirección previamente asentada. En esas condiciones, el intento de restaurar *desde arriba* un *mínimum* de autoridad estatal se fue haciendo de un respaldo básico en la medida en que lograba emerger del punto más bajo de la crisis económica y social.

El gobierno de Duhalde no logró un consenso amplio, pero sí una cierta *tolerancia* que le permitió superar el momento más crítico, en julio de 2002, cuando la conjunción de la inflación resurgida, la desocupación en su punto más alto y los salarios en el más bajo, se sumó a la demostrada culpabilidad del aparato estatal en el asesinato de dos dirigentes piqueteros, Darío Santillán y Maximiliano Kosteki.

Después de ese momento, se intentaron algunas alianzas para instrumentar el repudio al gobierno “de transición”, en las que tuvo predominio la llamada *centroizquierda* (la CTA, Luis Zamora, Elisa Carrío), pero se diluyeron rápidamente. Y el gobierno logró hacer avanzar el proceso electoral, anticipándolo algunos meses, pese a las características más que extravagantes que la convocatoria electoral y su reglamentación adoptaron: votación sólo para presidente y escalonamiento de las elecciones locales, permiso para que los partidos presentaran varias candidaturas sin que se sumaran los votos (los llamados *neolemas*), continuos cambios de fecha, etcétera. Al principio, casi nadie creyó en la efectiva realización de los comicios. Y cuando la proximidad de la votación se hacía inexorable, casi nadie pensó que el resultado electoral podía aportar algún cambio de importancia, ni llevar a la superación del clima *antipolítico* que se había creado. Sin embargo, a partir del 25 de mayo (o mejor, del 27 de abril, día de la votación) ocurrieron acontecimientos inesperados.

LA ACTITUD DESDE EL APARATO ESTATAL: REPLANTEOS EN LAS ORGANIZACIONES POPULARES

Las elecciones de abril de 2003 constituyeron un manifiesto punto de inflexión. Si bien el declive del grado de movilización y de profusión de luchas puede situarse bastante antes (en torno a mediados de 2002 e incluso con anterioridad), fueron esos comicios los que demostraron palmaria-mente que el sistema político existente podría *recrear* una cierta

normalidad. Las fuerzas asociadas al *Que se vayan todos* no lograron articular una táctica común y fracasaron tanto desde la abstención electoral (las corrientes *autonomistas* y parte de los partidos de izquierda) como con la presentación de candidatos (el resto de los partidos de izquierda, incluyendo a la coalición Izquierda Unida y al Partido Obrero).

Fue allí que lo que hasta ese momento podía aparecer como una *pausa* en un *ascenso* destinado a retomarse, como un *bajón* lógico después de un período de luchas muy intenso, pero destinado a recuperar el nivel inicial a la primera oportunidad, se reveló como un fenómeno más complejo y duradero. La abstención y el voto nulo o en blanco no tuvieron presencia significativa, y los candidatos de la izquierda retornaron a guarismos muy bajos, similares a los que obtenían tradicionalmente. El peronismo consiguió, dividido en tres candidaturas, más del 60% de los votos. Entre el ex presidente Menem (uno de los tres candidatos peronistas) y otro postulante de neta orientación derechista (Ricardo López Murphy) habían reunido el 40% de los sufragios. Quedaba notoriamente comprobado que si bien la sociedad argentina había sufrido complejos procesos de cambio, ello no incluía una radicalización duradera de la mayoría de las clases subalternas.

El desemboque del proceso electoral fue la asunción de un presidente, Néstor Kirchner, que procuró darle rápidamente a su gobierno la tónica de una superación de la década larga de *neoliberalismo* en las políticas económicas y sociales; y sobre todo, de una asunción de buena parte de las reivindicaciones contenidas, de modo más o menos difuso, en el *Que se vayan todos*. El resultado, sobre todo de medidas de saneamiento institucional y reversión de la impunidad reinante en materia de DD.HH., fue que el presidente constituyera un amplio consenso, que superó sin problemas el *período de espera* característico del inicio de cualquier gobierno, y le permitió, inesperadamente, cosechar aliados entre los propios protagonistas del *Que se vayan todos*. A la simpatía inicial hacia las medidas gubernamentales se fueron sumando los efectos de una política explícita de cooptación, que ofreció a sectores del movimiento piquetero y otras organizaciones populares una participación en la gestión estatal, y la inclusión en proyectos políticos tendientes a ampliar las bases de sustentación de la gestión presidencial. Lo que durante el gobierno provisional de Duhalde había funcionado con la lógica del *clientelismo* del reparto de los subsidios, viró hacia propuestas de vinculación más orgánica. Mientras el gobierno Kirchner aparecía prestando escasa atención a los partidos políticos, incluido el oficialista, y a otros componentes tradicionales del sistema de poder, se mostró decidido a construir alianzas con parte de los nuevos *actores*, a condición de que moderaran la modalidad y frecuencia de sus protestas, y asumieran un grado de compromiso con la gestión pública. A los variados ejes de debate ya existentes entre las organizaciones populares, y

al interior de cada una de ellas, vino a sumarse el articulado en torno a qué actitud tomar frente al gobierno y sus medidas. Hasta en algunas de las agrupaciones más radicalizadas surgieron opiniones propensas, si no al apoyo franco al gobierno, al menos a una actitud de *expectativa favorable* frente a su trayectoria⁴.

Quedó abierto, hasta ahora, el interrogante sobre qué límites en el tiempo puede tener el consenso hacia el gobierno, dada la pervivencia de todos los rasgos más sustantivos que llevaron a la Argentina a la profunda crisis iniciada en 1998, desde la presión de los acreedores externos, hasta la pérdida de poder adquisitivo y la desocupación de la mayoría de la población, pasando por una suerte de *retroceso* en las condiciones sociales e institucionales del país, que abarca desde su sistema de salud pública a la diversidad de su producción, pasando por el deterioro de la capacidad regulatoria del Estado y del acceso amplio a los servicios públicos fundamentales. Y a esa pregunta se superpone otra, acerca de qué dirección tomará el previsible aumento de la audiencia para posiciones críticas, siendo que a esta altura cabe reconocer que ese espacio ha alcanzado mayor espacio desde el ángulo de críticas conservadoras y hasta reaccionarias hacia las políticas del gobierno, que han incluido el amplio eco del pedido de represión o al menos de *límites* para las organizaciones populares que siguen ocupando las calles con sus reivindicaciones.

TRABAJADORES OCUPADOS Y DESOCUPADOS: INNOVACIÓN EN EL MOVIMIENTO OBRERO

El movimiento obrero argentino ha sido encuadrado por décadas en: un sistema de sindicato único con exclusividad de representación otorgada (y eventualmente quitada) por el Estado; y en un movimiento político como el peronista, que en su tradición principal no ponía la independencia del movimiento obrero en el centro de la escena, tendiendo más bien a confiar en la conciliación de clases bajo la tutela de un aparato estatal depurado del predominio *oligárquico* (empresas multinacionales, empresarios locales subordinados a ellas o no partícipes de un *proyecto nacional*) para convertirse en un *Estado de todo el pueblo*, capaz de reconocer e impulsar los intereses nacionales *auténticos*. Esa situación básica no se ha modificado hasta el día de hoy, pese a todos los cambios ocurridos en la sociedad en general, en el proceso de producción, y en la configuración de la clase obrera.

La cuestión no es hacer un análisis numérico de la clase obrera para, desde allí, sacar conclusiones acerca de su mayor o menor gravi-

⁴ Este fue el caso de Patria Libre y la organización piquetera a ella vinculada, Barrios de Pie. Si bien siempre adolecieron de cierta ambigüedad ideológica dentro de las raíces nacional-populares, sus consignas coyunturales y sus prácticas tendían a asumir formas radicales.

tación, sino ver las formas de su existir, las diversidades, los cambios en los últimos años.

En Argentina, la clase obrera industrial, la fábrica como lugar de trabajo principal y escenario de las luchas sociales, ha perdido protagonismo, vía cierre de industrias, reducción del número de trabajadores, *precarización* de los mismos que dificulta la representación sindical, etcétera. Pero el trabajo asalariado se ha expandido en otras direcciones, e incluso las prácticas de sindicalización y lucha huelguística se ha extendido a nuevos sectores, caratulados tradicionalmente como *capas medias* (profesionales de la salud, profesores universitarios, personal directivo de la administración pública, etcétera).

La implementación de las políticas comúnmente denominadas neoliberales en Argentina (como en otros lugares del mundo) trajo como consecuencias cambios tanto en el proceso de trabajo como en la conformación de clase de los trabajadores. Pero pervive en plenitud el trabajo como relación social, tomando como aspecto sustancial de esa relación, la apropiación del trabajo ajeno, es decir, el carácter de explotación que ello supone a través de un salario, cualquiera sea la forma que este tome. Muchas veces se diluye o se oculta la *relación de dependencia* definida como la base de la relación laboral en el plano de su definición jurídica, pero más allá de ese elemento, las relaciones siguen basadas en la explotación del trabajo ajeno, bajo formas contractuales diferentes, en ocasiones con apariencia de trabajo autónomo, encubiertos como algún tipo de aprendizaje o capacitación, etcétera.

El trabajo sigue siendo lo central para la definición del capitalismo, y el aumento de la desocupación no niega esa centralidad. En todo caso, señala, da cuenta, del grado mayor de acumulación de capital, ya que históricamente a mayor acumulación de capital ha correspondido un más alto porcentaje de desocupación por su relación, entre otros factores, con los cambios en la composición orgánica del capital.

No siendo la aplicación del desarrollo tecnológico a la producción de carácter neutral –es decir, referida solamente a la aplicación de los adelantos científicos al aumento de cantidad, calidad o disminución del costo de los bienes y servicios disponibles–, sino garantía de mayor plusvalía y mayor control del capital sobre el trabajo, se ha producido un aumento tanto extensivo como intensivo de extracción de plusvalía, especialmente en los países periféricos, y ese es el caso de Argentina. Mayores jornadas de trabajo –para quienes lo tienen– en actividades de mayor exigencia. El efecto general que se persigue no es sólo el abaratamiento de costos, sino provocar un mayor disciplinamiento social. La reducción de salarios, además, integra un paquete más complejo que comprende diversas formas de trabajo informal y/o precarizado, presión para la no sindicalización, caída de los límites para la jornada de trabajo, facilidades para la contratación temporal y el despido a bajo costo de los trabajadores.

Una de las primeras consecuencias –materia de relaciones laborales– de las políticas de ajuste estructural en la Argentina fue empujar a gran cantidad de mano de obra a su desempeño como trabajador por *cuenta propia* (a través, por ejemplo, del pago de indemnizaciones con las que proliferaron actividades como la de taxista, instalación de quioscos de venta de cigarrillos y golosinas, venta callejera, etc.) pero en poco tiempo muchos de ellos no pudieron sostenerse en tal carácter engrosando el sector de los nuevos asalariados precarizados o bajo formas encubiertas de *trabajador independiente* o cayendo en la desocupación.

Incluso se produjo un fenómeno masivo con los *cartoneros*, trabajadores que *recuperan* residuos de la calle para su posterior reciclado, en distintas modalidades de relación laboral, desde la relación de dependencia informal al *cuentapropismo*, pasando por cooperativas u otro tipo de organizaciones comunitarias. Algunos se cooperativizaron, otros siguen independientes, pero muchos de ellos establecieron relaciones de cierta dependencia o de falta de autonomía, respecto a *mayoristas*, que organizan la actividad y actúan como intermediarios⁵.

Si hoy hablamos de los trabajadores, tenemos que pensar en una variada gama (incluso al interior de una empresa): en relación de dependencia, contratados, pasantes, temporarios, subcontratados, lo que a su vez complejiza la propia posibilidad de sindicalización.

La consecuencia de todo esto es la aparición de nuevas modalidades de organización y de formas de lucha renovadas.

Tanto las luchas de los desocupados como las de los trabajadores que toman el control de sus lugares de trabajo para no llegar a serlo, son formas de dificultarles a los empresarios la expulsión en masa de fuerza laboral, o bien de hacerles experimentar costos, ver las consecuencias sociales y políticas negativas de hacerlo. La novedad más fuerte de los últimos años en el campo de las acciones de las clases subalternas ha sido posibilitada por el aumento exponencial de los niveles de desocupación, que bordearon el 20% después de que Argentina fuera por décadas una sociedad en la que el desempleo era más que nada *friccional*, con porcentajes siempre muy por debajo del 10%. Ante esa situación, y sobre bases asentadas con anterioridad en el movimiento territorial, apareció en los últimos años de la década del noventa un movimiento de desempleados, que pasaría a denominarse de *trabajadores desocupados*.

La autodenominación de *trabajadores desocupados*, que podría resultar contradictoria en sus propios términos, constituye sin embargo una metáfora breve y suficientemente clara en significación: asumirse como y desde el *ser trabajador* aunque se esté desempleado,

⁵ Para un estudio de una experiencia de este tipo ver Fajn (2002).

porque de ese desempleo el responsable no es el trabajador sino el sistema que le impide, le niega la posibilidad de vender su fuerza de trabajo, de ganarse el sustento como asalariado. Los desocupados se reclaman trabajadores y demandan trabajo. Parte exigiendo trabajo *genuino*, lo que implica la inserción en puestos de trabajo formales en el sistema productivo, otras veces planteando la consigna de *trabajo digno*, más bien orientada a la construcción de espacios laborales por fuera de la empresa capitalista tradicional, a partir de diversas formas de autogestión, que apuntan no sólo a recuperar medios de vida, sino a superar la alienación del trabajo capitalista. La táctica de los movimientos de trabajadores desocupados es la de la doble acción: producir posibilidades de ingresos a través de iniciativas propias y exigir a las instituciones del Estado el cumplimiento de la asistencia mínima, que se implementa desde el poder, y con la que los movimientos de desocupados pujan por cambiar su contenido, neutralizando el componente *clientelista* y de asistencialismo tradicional, para impulsar la generación de mecanismos de solidaridad y producción de valores de uso para los grupos de desempleados.

La aparición de estos movimientos contiene aspectos de revitalización de la mejor tradición de lucha y movilización obrera, oportuna en una situación en que pervive una central de trabajadores *tradicional*, devenida en una suerte de *centro de negocios* que descuida incluso la defensa de los intereses económico-corporativos de los trabajadores, y por otro lado una central alternativa, la CTA, que innovó incluyendo la categoría de *trabajadores desocupados*, modalidades de trabajo informal, y la problemática territorial a mediados de los noventa, pero que se desdibujó al no jugar un papel preponderante en las jornadas del 19 y 20 de diciembre ni después de ellas, y que recién en estos últimos meses ha comenzado a retomar planes de resistencia y lucha activos.

También se sumaron a las nuevas experiencias las así llamadas *empresas recuperadas*, o apropiadas por sus trabajadores, que tienden a aportar a la resignificación del papel del trabajo y del capital, que ponen en cuestión la propiedad de las empresas, en la comprobación de que una cosa es necesitar inversión para producir y otra muy distinta es *necesitar* capitalistas o capitalismo.

Desde el aparato del Estado ha existido una cierta variación de las políticas, con respecto a lo que fue toda la década del noventa, e incluido el gobierno de la Rúa, casi exclusivamente atenta a las demandas del gran capital local e internacional. Esta variante se ha acentuado a partir de mayo de 2003, con la presidencia Kirchner. Se ha caracterizado por explorar posibilidades de cooptación de un sector del movimiento piquetero. Buceó en las posiciones más *moderadas* y obtuvo respuestas positivas, sobre todo en agrupaciones vinculadas ideológicamente al peronismo o a una cosmovisión nacional-popular más general. Esto

incluyó algunos cargos oficiales, privilegios en el manejo de planes, facilidades para organizar agrupaciones políticas oficialistas

EL MOVIMIENTO PIQUETERO: SU DESARROLLO

Más allá de alineamientos eventuales en la oposición o en simpatías con el gobierno, de la *dureza* o *moderación* de sus tácticas de lucha, el movimiento de las clases subalternas en su conjunto, y las organizaciones piqueteras en particular, en la Argentina actual, está atravesado por una tensión en cuanto al modo de imaginarse, de plantear, el tipo de sociedad más justa, deseable, en el futuro cercano. Por un lado, opera la idea del *regreso*, la posibilidad de volver las condiciones sociales al punto más cercano posible a lo que fue la extinta *Argentina peronista*: importante desarrollo industrial, pleno empleo, bajos índices de pobreza, alta capacidad de consumo para los parámetros sudamericanos, representación sindical eficaz en el plano económico-corporativo, políticas estatales *universalistas* y no *focalizadas*, elevada valoración social del trabajador asalariado, movilidad social ascendente relativamente accesible... El retorno a la *comunidad perdida* es la utopía de este sector. Se parte del supuesto de que puede volver a existir un *Estado fuerte y con políticas activas*, un empresariado orientado a la producción para el mercado interno; que puede reconstituirse un movimiento popular, policlasista, que logre la reconstrucción de un capitalismo *nacional*, compatible con un margen importante de autonomía frente al capital *extranjero* y los *países centrales*.

La otra posición es la que, por un lado, tiene una valoración mucho menos optimista de la Argentina de los años 1940-1960, recordando el sometimiento de los trabajadores al poder de las patronales, el respaldo desde el Estado a un sindicalismo antidemocrático y burocratizado, las frecuentes represiones y proscripciones que sufría el movimiento obrero...; y, por el otro, cree inviable cualquier *regreso* a aquella estructura social. Para ello parte de la idea de que las bases mismas de ese *arreglo social* han caducado. El capitalismo, en ese enfoque, se ha transformado a nivel mundial, y la organización de fábrica de tipo *fordista*, las políticas keynesianas y de bienestar desde el poder público, el *tripartismo* entre empresarios, trabajadores y Estado, la producción orientada primordialmente al mercado interno han quedado sin base en una economía mucho más transnacionalizada, con un gran capital lanzado a acotar la organización y el poder de los trabajadores con un sentido de redisciplinamiento, y a reducir el gasto público, que ya no tiene la *contracara* de los *países socialistas*. Además de no ser tan *feliz*, aquel pasado estaría definitivamente extinguido. El corolario es la búsqueda de otra forma de inserción social para las clases subalternas, de otro horizonte de utopía realizable, que tiende a forzar los marcos tanto del ca-

pitalismo como de la democracia representativa, y a superar los límites del modelo de industrialización por sustitución de importaciones y del Estado benefactor. En las prácticas cotidianas, algunas de estas corrientes tratan de superar tanto el asistencialismo como la reivindicación del *regreso a la fábrica*, en procura de generar nuevas formas de trabajo y de organización comunitaria surgidas de la iniciativa autónoma de los propios grupos de desocupados.

Si se examinan los antecedentes del movimiento piquetero, se extraen elementos para la comprensión de esas diferentes formas de *ver el mundo*.

El movimiento piquetero no fue una *floración* repentina ni espontánea. Como antecedente indudable aparecen las *tomas de tierras*, que comenzaron a producirse en el Gran Buenos Aires (particularmente en el partido de La Matanza) en los años finales de la dictadura, y prosiguieron desde entonces, con diversa frecuencia y *visibilidad*. Se libró una verdadera *lucha por la tierra* ligada a la necesidad de sectores crecientemente numerosos de obtener una vivienda digna y salubre, que comenzaron a organizarse colectivamente para conseguirla, en un proceso que abarcaba desde la ocupación del espacio de tierra necesario (fuera estatal, privado o vacante) hasta la construcción de las viviendas, con métodos que solían partir de la autoconstrucción colectiva.

Pero el movimiento piquetero propiamente dicho, ligado ya a los trabajadores desocupados como base social, y a los cortes de rutas y calles como método habitual de lucha, se produce en el interior del país, primero en la región del Comahue, y luego en el noroeste. En el interior, el movimiento es tributario sobre todo de la cultura del trabajo (y su contexto) ligada al período anterior y extinguida en los noventa, y muy en particular de la empresa YPF (Cutral-Có, General San Martín, General Mosconi). Sin excepción, son ex ciudades petroleras las que protagonizan los primeros piquetes de mayor resonancia⁶. Los trabajadores de la que había sido la empresa estatal más apreciada por el conjunto social, que mejores condiciones de trabajo y salarios proporcionaba, y que tenía un rol particularmente protagónico en la economía nacional y en el desarrollo de las regiones alejadas, eran el origen mediato de las nuevas formas de resistencia y lucha. La empresa ya no existía como tal (YPF se *desguazó* y privatizó en la primera mitad de la década del noventa) pero quienes habían integrado su fuerza de trabajo se rebelaban contra el desmantelamiento del que había sido su ámbito sociolaboral, y frente al desempleo y la falta de perspectivas subsiguientes. Se

⁶ Las luchas de trabajadores desocupados tuvieron manifestaciones tempranas en los años noventa fuera de áreas petroleras, que no tuvieron el mismo relieve e impacto en la memoria colectiva. Como testimonio de una de esas experiencias, puede leerse a Olmedo (2003).

encuentra allí planteada una de las vertientes de la *visión del mundo* que impera en los nuevos movimientos: “La nostalgia por la comunidad perdida, sintetizada por el mundo obrero-industrial desaparecido recientemente” (Svampa y Pereyra 2003: 195). Con toda claridad, los desocupados de Cutral-Có y General Mosconi provienen directamente de la destrucción de aquel *mundo* que, a la distancia y ofensiva del gran capital mediante, suele aparecer bajo los colores de una época feliz.

La Unión de Trabajadores Desocupados (UTD) de General Mosconi, no sólo será una agrupación de creación temprana, sino que se constituirá en referente, por la multiplicidad y riqueza de sus realizaciones, que generaron toda una construcción colectiva a partir de los subsidios, sin cejar en la reivindicación básica de volver a la condición efectiva de trabajadores. Llevaron adelante importantes proyectos productivos, haciéndolos valer no sólo como fines en sí mismos, en cuanto a producción de valores de uso orientados a mejorar las condiciones de vida de la comunidad, sino como medios de desarrollo de conciencia social y de construcción de poder popular. Todo eso, unido a la capacidad de realizar actos de solidaridad práctica con las luchas de los trabajadores ocupados, y de plantear de modo inteligente la confrontación con las grandes patronales de la zona, hace que algunos autores vean en esa experiencia elementos de “poder paralelo” (Mazzeo, 2004: 55), así como “un modelo de acción comunitaria basado en la autogestión y la búsqueda de ‘trabajo genuino’” (Svampa y Pereyra, 2003: 145), o la lucha “por la satisfacción de todas las necesidades, incluso las que no son tan básicas” (Flores, 2002: 10).

Las prácticas assemblearias comenzaron a desarrollarse fuertemente en este ámbito; cabe recordar que el país entero asistió más de una vez, por televisión, a la conjunción de las discusiones en asamblea, la facilidad para revocar mandatos, y al firme y tenaz empeño para llevar adelante las decisiones colectivas, aun frente a la represión de las *fuerzas del orden*, en más de una ocasión, particularmente impiadosa. Junto al drama de la desocupación y la herramienta del *piquete*, fueron esas prácticas de asamblea, esos debates abiertos y ajenos a cualquier dirección preconstituida, a cualquier poder *externo* que impusiera sus juicios, la *marca de fábrica* del movimiento, el rasgo que sería multiplicado e imitado por cientos cuando las luchas de los desempleados comenzaron a generalizarse.

Será un tiempo después que se formará la otra vertiente de piqueteros, la que tiene el antecedente directo en la lucha por el territorio en el GBA, desde los años ochenta. Y serán organizaciones piqueteras con asiento fundamental en el GBA las que terminarán de dar al movimiento de desocupados un alcance y repercusión nacional, que aportaría la mayor capacidad de movilización y el componente más radical en cuanto a ideología y prácticas a las luchas populares, a partir de fines de la década del noventa, con fuerza creciente.

En el área urbana bonaerense se había desarrollado, en los mismos años, desde el peronismo gobernante a nivel provincial, toda una práctica de clientelismo, de recreación de relaciones asimétricas, de intercambio de *favores por votos*, que significaba un retroceso no ya desde el auge de las luchas de los sesenta y setenta, sino desde el modo de relación que el peronismo había planteado con los trabajadores en sus primeros gobiernos, mediada por la organización sindical. La práctica *piquetera* aparece en el GBA como superación de la práctica *punteril*, como una forma de construcción de poder popular autónomo, que revirtiendo el usufructo de la pobreza y el desempleo por estructuras políticas conservadoras, virará hacia la superación incluso de los límites ideológicos y organizativos del peronismo tradicional.

El territorio, lo *local* (en la actual situación más que lo provincial y lo nacional) se ha erigido en el espacio de cuestionamiento concreto y directo al modelo de dominación política y social, superando la falsedad de la dualidad sociedad civil-Estado. El territorio es el espacio en el que se define la unidad política de los trabajadores, y el punto de articulación con otros sectores (Mazzeo, 2004: 106).

La figura del *piquetero* se fue afirmando como constitutiva de una nueva identidad social⁷. El *corte* de rutas, puentes y calles resultó una forma de afectar al proceso de valorización capitalista, no mediante la huelga que detiene la producción (y que el desempleado no está en condiciones de realizar), pero sí afectando el transporte automotor, en una época en que la *deslocalización* de la producción, el *just in time* y el incremento del comercio internacional por carretera dotan a este sector de particular importancia estratégica. El término quedó claramente identificado con las organizaciones de desempleados, que tomaron la iniciativa de seguirse identificando como *trabajadores desocupados* y de

7 “Todo este proceso de organización y movilización de las organizaciones territoriales fue acompañado de una dinámica de construcción identitaria específica y novedosa, que consistió en retomar no sólo el método de lucha (el piquete) sino parte de la simbología piquetera, que iba surgiendo al calor de las luchas de las ciudades petroleras” (Svampa y Pereyra, 2003: 42). Muchas organizaciones centradas en la defensa de otros grupos sociales, como ocupantes de tierras, jubilados o trabajadores ocupados, modificaron su orientación, y en algunos casos hasta sus denominaciones, para centrarse en la problemática de los desempleados. Algunos ejemplos son: el Movimiento Independiente de Jubilados, que luego sumó a su denominación “y desocupados”, resultando en Movimiento Independiente de Jubilados y Desocupados, o el caso de la Corriente Clasista y Combativa, que en sus inicios era una organización sindical alternativa, o la propia Federación de Tierra y Vivienda (FTV) de la CTA, que se planteaba un amplio arco de representación de movimientos de base territorial, incluyendo campesinos, pueblos originarios, organizaciones de inquilinos, etcétera. En un reciente libro sobre el tema, el autor añade un elemento poco tenido en cuenta: la filiación de los piqueteros con el movimiento de toma de tierras de los años ochenta, que aflora en la última dictadura, y se afianza en la reinstauración institucional. De los barrios creados por ese movimiento, surgirán luego dirigentes y militantes piqueteros (Zibechi, 2003: 143).

reivindicar su condición obrera por sobre los problemas de vivienda y sustento. Y alcanzaron un nivel de organización y una capacidad de movilización mayor que ningún otro grupo.

Se multiplicaron las organizaciones, se desarrollaron distintas experiencias; se afirmaba esa presencia colectiva nueva, centrada en los barrios pobres, en la aspiración a tener un trabajo digno, en la ruptura con la tradición de subordinación, de *clientelismo* atado a partidos políticos asociados al capital. Corrientes de izquierda, partidarias o no, alcanzaron en esos ámbitos una presencia e influencia que nunca habían tenido antes entre los sectores más pobres y menos calificados del proletariado. En líneas generales, todas las organizaciones que pasaban a identificarse como *piqueteras* tenían una práctica más propiciadora de autonomía, menos signada por el clientelismo y la organización vertical que las que las estructuras estatales y los partidos tradicionales habían desarrollado en los casi veinte años de institucionalidad democrática.

Los *piqueteros* también sufrieron cambios en los últimos tiempos. Dentro de un mapa que muestra multitud de fragmentaciones asociadas a distintas pertenencias locales, sindicales, alineamientos político-partidarios, han sido los grupos más radicalizados, con más claras definiciones de izquierda, los que se han presentado con un desarrollo más dinámico. Se afianzaron en el espacio territorial, a la par que se desdibujaron aquellos ligados a propuestas que en principio tienen más afinidades con la tradición populista⁸, y mayoritariamente derivaron hacia el apoyo al gobierno de Kirchner⁹. Hoy puede afirmarse que

la fragmentación y la heterogeneidad son características distintivas del Movimiento de Trabajadores Desocupados o movimiento piquetero. Y en esa heterogeneidad, algunas de sus expresiones tienden a la reproducción de las tradicionales prácticas sociales y políticas clientelares, una especie de sistema de punteros de izquierda que mantiene las relaciones asimétricas entre una elite de dirigentes y grupos subordinados. Otras parten de la vieja concepción del “frente de masas” [...] a partir de la función de dirección ejercida exclusivamente por un grupo, una elite política o una vanguardia autoproclamada. También podemos encontrar prácticas cercanas al sindicalismo de izquierda más o menos tradicional que subordina la construcción social a la construcción del partido de la clase obrera (Mazzeo, 2004: 40).

En suma, la procedencia ideológica de los cuadros y dirigentes, y el modo en que construyen su relación con el Estado y con organizaciones

8 Como por ejemplo, la FTV, perteneciente a la CTA e impuesta como la representación territorial de esa central sindical.

9 Tanto la FTV como Barrios de Pie y algunas otras menores.

populares *externas* al movimiento de trabajadores desocupados, determinan en buena medida el tipo de prácticas que se desarrollan.

Desde el Estado, con los *planes* como herramienta fundamental, se emprendió con fuerza un trabajo de recorte de la autonomía de las organizaciones populares, dirigido en especial a los *piqueteros*, buscando una suerte de pacto en el que la adjudicación de porciones de ayuda social, y un trato más bien benévolo de las manifestaciones callejeras, fueran canjeados por una menor radicalidad de las protestas, que perturbaran lo menos posible el circuito económico y la circulación de pasajeros y, en lo posible, disminuyeran en frecuencia. El camino de la reducción del conflicto social por vía del clientelismo, de práctica prolongada en Argentina, logró buena recepción en ciertos sectores piqueteros durante el gobierno de transición, y permitió una escisión orientada desde el poder político, y potenciada desde los medios de comunicación, entre piqueteros *blandos* y *duros*, *pacíficos* y *violentos*, que tendía a desprestigiar al segundo término de la contraposición, y a volver a las capas medias a una mirada distante y desconfiada hacia un movimiento con el que habían ensayado una entusiasta unidad en los meses de mayor auge de la movilización.

Cuando a favor de la precaria estabilidad alcanzada se logra llevar adelante el proceso electoral, el flamante presidente inaugura una nueva etapa de la política estatal. El objetivo estratégico sigue siendo la desmovilización. Pero incorpora como táctica la abierta cooptación de sectores del movimiento piquetero, proponiéndoles la integración a una nueva e imprecisa coalición a formarse en torno de la figura presidencial. Como contracara de esas acciones de cooptación, se articulan acciones cuyo propósito es desprestigiar, aislar, fragmentar, a las agrupaciones piqueteras que se niegan a formar parte de una alianza con el gobierno. La represión abierta queda por el momento excluida, dejando *en manos de la justicia* la detención y procesamiento de los que incurrieran en violaciones al código penal, criminalizando por esa vía la protesta social. En los últimos meses se produce tanto un mayor respaldo del gobierno hacia las organizaciones piqueteras que le responden, como una reacción de vastos sectores empresariales y de la intelectualidad conservadora contra la táctica gubernamental en su conjunto. El reclamo es desarticular rápidamente a las organizaciones populares, en procura de una escena sociopolítica más parecida a la de los años noventa, con la *plaza vacía*.

AGRUPACIONES PIQUETERAS: UNA BREVE CARACTERIZACIÓN DE LAS PRINCIPALES CORRIENTES

La Federación de Tierra y Vivienda (FTV) nace como una agrupación *sectorial* de la central obrera que aparece como *alternativa* en los años

noventa, la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA). Reunía por tanto a distintas agrupaciones, ligadas a diversos aspectos de la problemática desplegada sobre lo territorial, desde la de los *pueblos originarios* hasta la de los niños sumidos en la pobreza, pasando por los barrios y asentamientos que se habían ido formando sobre todo desde la década del ochenta. La desocupación no era lo central ni definía la identidad o pertenencia con la Federación. Fue el desarrollo de la herramienta del piquete y el corte de rutas en el Gran Buenos Aires, y el ingreso del desempleo a la agenda pública lo que marcó el viraje de la FTV en dirección a un movimiento *piquetero*, ligado al manejo de subsidios al desempleo, sin perder su presencia territorial en asentamientos del GBA. En su seno tienen influencia preponderante posiciones de raíz cristiana, con reivindicación del peronismo, pero por fuera del Partido Justicialista, sin desdeñar otras vertientes más cercanas a la izquierda tradicional. Adoptó tempranamente tácticas *moderadas*, procurando ajustarse a los límites impuestos por la propiedad privada, la democracia representativa y la legalidad existente. En esa táctica confluyó con la Corriente Clasista y Combativa (CCC), con la que mantuvo estrechos acuerdos y medidas de movilización conjunta durante un buen tiempo. Una vez asumido el gobierno Kirchner, tomó una posición de apoyo al mismo en el límite con la plena identificación, que se intentó volcar en una organización política, que no tuvo buena repercusión. Posteriormente, y con fuerte participación de funcionarios del gobierno, impulsó la formación de una Asamblea Nacional de Organizaciones Populares, tendiente a dar apoyo a la gestión gubernamental. Paralelamente, la FTV ha planteado el abandono liso y llano de la metodología del *corte de calles y rutas*, para centrarse en la construcción barrial.

La CCC aparece como agrupamiento sindical, dispuesto a disputar poder con la dirigencia sindical tradicional. Logra fuerza en diversos ámbitos, especialmente en algunos sindicatos estatales (docentes en particular), y en enclaves locales, con destaque en la norteña provincia de Jujuy. Será años después que comenzará el viraje orientándose hacia los trabajadores desocupados, con fuerte protagonismo en cortes de calles y rutas, y proyectándose sobre todo en el Gran Buenos Aires, en zonas que en parte coinciden con las de mayor expansión de la FTV. Pero lo sindical termina pasando a segundo plano. En realidad, la CCC tiene una complejidad adicional, su vinculación orgánica a un partido político (el Partido Comunista Revolucionario, de origen maoísta), que tiene la particularidad de actuar como estructura de cuadros, con escasa visibilidad pública, la que queda librada a organizaciones de masas que no asumen públicamente el alineamiento partidario, ni como conjunto ni a través de la figura de sus dirigentes. Tenemos así una agrupación que aúna la pertenencia sindical con la dependencia de un partido de izquierda tradicional, pero con un modo de funcionamiento que en

el plano público aparece como *no partidario*. Su evolución reciente se ha dirigido a abandonar la alianza con la FTV y recuperar un perfil de oposición al gobierno. En el plano sindical, la CCC sigue integrada a la CGT, ahora reunificada.

Los Movimientos de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón están formados por múltiples agrupaciones, con asiento local (las identifica el barrio o zona de procedencia) que no resignan su autonomía inicial (y de hecho se han agrupado y reagrupado de distintas formas más de una vez). Han mantenido firme la idea de la *autonomía* y en todo caso se han dado debates y quiebres en cuanto al carácter y alcance de esa condición autónoma. Entre sus antecedentes mediatos se cuenta la experiencia setentista del peronismo de base. De todas formas, tienen mayoría de militantes jóvenes, muchos de los cuales ingresan a la militancia desde los mismos barrios, teniendo o no un paso previo por otras experiencias. Su implante fundamental es en la zona sur del GBA (con alguna inserción en barrios de la ciudad de Buenos Aires) y en el sur del país¹⁰. En su período de mayor visibilidad, sobre todo en el año 2002, recibieron influencias ideológicas de agrupaciones libertarias o *situacionistas*, que desarrollaron un enfoque autónomo más radical, renuente a todo tipo de articulación política y de inclusión en experiencias más generales. Ello constituyó una base para debates y rupturas dentro del movimiento, que hoy busca una superación parcial de la fragmentación mediante mecanismos de coordinación.

El Movimiento Independiente de Jubilados y Desocupados, una organización con fuerte número de adherentes y alta visibilidad, tiene particularidades llamativas. Por un lado, no tiene un encuadramiento partidario o sindical que la contenga, pero esto no es resultado de una decisión estratégica (como en el MTD Aníbal Verón y otras agrupaciones menores), sino producto del quiebre con la CCC, con la que se alineó durante un buen tiempo, previa ruptura de su líder con un partido de izquierda, el Movimiento al Socialismo. Es también el único movimiento que proviene de la mutación de una agrupación de jubilados (los que tuvieron una presencia importante, sobre todo, por defección de otras organizaciones, en la primera mitad de los noventa). Su dirigente máximo, Raúl Castells, despliega un elevado nivel de personalismo con rasgos autoritarios y de *radicalismo verbal* acentuados. Tanto él como su esposa intentan la construcción de una conducción *carismática* que no tiene reparos frente a prácticas de tipo clientelar, o a alianzas con algunos representantes del sindicalismo y la direc-

10 En Pacheco (2004) puede verse un relato en primera persona sobre los pasos iniciales del MTD Aníbal Verón en el sur del Gran Buenos Aires, a través de la narración de un militante de la zona de Almirante Brown.

ción política tradicional (Hugo Moyano, Adolfo Rodríguez Saá). Esa tentativa de liderazgo con raíces populistas se trata de proyectar en la actualidad al plano de la política institucional. Por su parte, ámbitos conservadores aprovechan los rasgos discutibles de ese liderazgo para asimilarlos a todo el movimiento piquetero, con intención de condena social del mismo.

El Polo Obrero está asociado a un partido de izquierda marxista (de procedencia trotskista), el Partido Obrero, de forma pública y con una relación muy estrecha entre ambas organizaciones. Mantiene las concepciones clásicas de partido de vanguardia, centralismo democrático, y plantea una revolución obrera como objetivo más o menos inmediato. Consiguió una importante inserción en diversas zonas del GBA (particularmente en el oeste). Ha intentado asociar la experiencia piquetera con iniciativas de empresas recuperadas (Sasetru), asambleas populares (Plaza Congreso y otras controladas por el partido) y la lucha sindical tradicional (su máximo dirigente fue recientemente candidato a la conducción de su sindicato de origen, el de trabajadores gráficos). Esta organización ha co-impulsado la formación de una suerte de *federación* de grupos piqueteros llamada Bloque Piquetero Nacional, al que se han integrado el MTL (vinculado al Partido Comunista), el Movimiento Teresa Rodríguez (que luego se fragmentó), la Coordinadora de Unidad Barrial, el Movimiento Sin Trabajo Teresa Vive (correlato del Movimiento Socialista de Trabajadores, partido de orientación trotskista) y otras agrupaciones menores. A su vez, tomó una referencia más amplia, la Asamblea Nacional de Trabajadores, intentando agrupar organizaciones de trabajadores ocupados, vecinales y de otras características. También ha buscado vinculaciones con otras organizaciones piqueteras, que han resultado menos orgánicas y más inestables.

El Movimiento Territorial Liberación (MTL) surge a partir de la ruptura de la inclusión inicial de las agrupaciones territoriales vinculadas al Partido Comunista con la FTV. Luego de la ruptura formaron esta agrupación propia, que durante un tiempo permaneció en el seno de la CTA, de la que fue excluida, en la práctica, al otorgar esa central una virtual exclusividad a la FTV. Intenta una relación con el partido más laxa que la que mantiene el Partido Obrero, lo que ha llevado a rupturas en su seno y a situaciones conflictivas con la organización partidaria.

El Movimiento Barrios de Pie, originariamente integrado a la FTV, rompe con esta última, tiene vinculación con una agrupación partidaria (Patria Libre) que intenta una cierta conjunción entre la tradición nacional-popular y el marxismo, e incluso mantiene una alianza con organizaciones de ese origen (PC-Congreso Extraordinario). A poco de iniciarse el gobierno Kirchner se incluyó dentro de las organizaciones cercanas al gobierno, y ahora en la Asamblea Nacional de Organi-

zaciones Populares. Con todo, mantuvo, en cierta medida, las prácticas de movilización callejera.

El Frente de Trabajadores Combativos (FTC) es una de las agrupaciones más recientes, con acento puesto en la unidad sustancial de trabajadores ocupados y desocupados, y un sesgo fuerte en articular ambos tipos de luchas. Este eje le permitió crecer en visibilidad pública, encabezando proyectos orgánicamente ligados a las luchas obreras.

Debe aclararse que estas caracterizaciones tienen una fuerte movilidad, ya que los realineamientos y las fragmentaciones no cesan de producirse. Estas se muestran frágiles en cuanto al relativo éxito de la política de cooptación del gobierno, y respecto, al menos, a dos fuertes condicionamientos: la situación social, de bajos salarios, pobreza y desocupación, sigue siendo casi tan acuciante como en el peor momento de la crisis; y el gobierno no deja de tener vacilaciones en su política, apuntando por momentos a respuestas más represivas, así como al acercamiento a organizaciones tradicionales, opuestas al movimiento piquetero (la CGT y los *aparatos* territoriales del Partido Justicialista).

LOS TRABAJADORES ASALARIADOS Y EL ÁMBITO SINDICAL

La clase obrera sigue atravesada por luchas en mayor medida de carácter local o sectorial, a menudo no expresadas en conflictos de alta visibilidad pública. En realidad, la aparente *pasividad* de los asalariados en los últimos tiempos no equivale a ausencia de conflictos, y tiene mucho que ver con la acción deliberada de las dirigencias sindicales, que vienen efectuando un largo repliegue del espacio público, procurando aparecer lo menos posible, a partir de no tener otra forma de contrarrestar el cuestionamiento casi unánime del que vienen siendo objeto, más que el *hacerse olvidar*. También debe tomarse en cuenta que los ámbitos del pensamiento más o menos *oficial* tienden a retacear la información y el análisis sobre los conflictos obreros, a partir del interés en hacer triunfar la idea de que el movimiento obrero ya carece de significación, que su protagonismo se ha hundido definitivamente en el pasado.

Otros sectores de la dirigencia sindical, no comprendidos en esta lógica, igual se vieron motivados a cierto repliegue, que tuvo que ver con el protagonismo de los piqueteros, y con la circunstancia de que el sector de trabajadores más movilizado últimamente, el sector público, alentó expectativas favorables frente al gobierno Kirchner, que interfirieron en el desarrollo de algunos conflictos. El sector sindical que alberga a algunos de los sectores laborales que mantuvieron mayor dinámica en los últimos años (los trabajadores del transporte, principalmente), actuando bajo las sucesivas denominaciones de Movimiento de Trabajadores Argentinos (MTA) y CGT rebelde, desarrolló durante los últimos años de la década del noventa y hasta 2002 una tesitura de

mayor combatividad. Pero repudiado su liderazgo por las nuevas organizaciones (en particular Hugo Moyano, su máximo dirigente), cuestionado desde el poder por algunas propuestas de tono radicalizado, y deteriorada su capacidad de construir alianzas y ganar solidaridades públicas, terminó también en posición de repliegue.

En cuanto a la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA), esa central de origen alternativo se vio atravesada por el debate acerca de la posición a adoptar frente al nuevo gobierno, como a la disminución de la disposición al conflicto de los trabajadores estatales a los que representa, y asistió a fuertes discusiones en cuanto a sus objetivos definitivos. Su táctica gremial siguió insistiendo en la conformación de sindicatos *paralelos* (Gastronómicos, Federación de Trabajadores del Transporte, algunas iniciativas en el campo de empleados de comercio) y en la asociación con iniciativas públicas más amplias, a menudo coligadas con la *consulta al pueblo*, con repercusión bastante amplia.

La reunificación de la CGT recientemente producida, más allá de la valoración de su dirigencia, marca el propósito de recuperar protagonismo para las conducciones sindicales, poder disputar un dominio de las calles perdido de modo patente desde hace un par de años. Con esa orientación, se viabiliza que el *combativismo* expresado a través de los gremios MTA y luego de la CGT rebelde llegue a la cúspide de la central. Es un reconocimiento de que el sindicalismo empresarial de la dirigencia más conservadora no tiene capacidad ni vocación movilizadora, que ha avanzado demasiado en transformar a sus sindicatos en *unidades de negocios* en donde el afiliado es más un *cliente* que un representado a la hora de discutir el salario y las condiciones de trabajo. El silencio sindical se hizo estridente en esos meses de 2002 en que Argentina era un *laboratorio de experiencias sociales* en el que los más variados sectores estaban activados, ocupando las calles.

Y constituye, asimismo, un reconocimiento de su peso específico a los gremios del transporte, y en especial al de camioneros, que han ganado en número de afiliados y visibilidad pública, aun pese a la crisis. Además, en los años noventa, Moyano construyó unas prácticas movilizadoras y una *mística* gremial con cierto paralelo con las de la UOM y otros grandes sindicatos de la década del setenta. La posibilidad de organizar movilizaciones callejeras y de garantizar el éxito de paros generales hizo crecer la gravitación de este gremio. En lo referente a lo ideológico y a las prácticas organizativas es un modelo sindical vaciado en el *molde vanguardista*, adaptado a estos tiempos y a la inserción ya no centrada en la industria. Partidarios de la conciliación de clases, de la alianza con empresarios *nacionales*, anticomunistas, no fuerzan los límites de los dirigentes del peronismo *ortodoxo* de las décadas del sesenta y setenta. El sector de los camioneros tendió a crecer en los últimos años, pese a la crisis generalizada: el ocaso ferroviario; el desarrollo

del comercio regional por vía terrestre, con base en el MERCOSUR; la privatización de la recolección de residuos y otros servicios municipales que le dejaron la representación de trabajadores antes municipales; el desarrollo de los correos privados, con choferes también afiliados al sindicato; y la disputa, a veces exitosa, por la representación de trabajadores de logística de supermercados y otras grandes empresas comerciales con los sindicatos del área del comercio. Todo contribuyó a una mayor masa de afiliados y a la conformación de un sector en el que la amenaza del desempleo no tiene la fuerza de otros ámbitos.

En cuanto a la política de alianzas *extrasindicales*, la nueva CGT unificada tiende a buscar a los empresarios *nacionales*, vinculados a un discurso proteccionista, de defensa de la industria nacional contra bancos que cobran intereses elevados, privatizadas que cobran caro la energía y los servicios públicos, y sobre todo competidores extranjeros en el mercado interno. Este planteo tiene fuertes puntos de contacto con la política económica del gobierno Kirchner, que en los últimos meses emprendió un fuerte acercamiento con el sector gremial tradicional, en consonancia con la atenuación de su entendimiento con la CTA.

La CTA nació con la oposición a Menem como signo distintivo, en los primeros años noventa. Y desarrolló una base de representación y estructura organizativa distinta a la de la CGT. Desde el comienzo aceptó trabajadores desempleados, informales, temporarios, cuentapropistas. También dio acogida a agrupaciones de base territorial o étnica y no laboral. Se apartó del esquema de la central como *confederación* de entidades de base, para permitir la afiliación de agrupaciones minoritarias dentro de determinados sindicatos, de comisiones internas, e incluso de trabajadores individuales. Rompió con el principio de la *unidad sindical* y aceptó, y en muchos casos promovió, la afiliación de sindicatos *paralelos*. Asignó un fuerte protagonismo a *federaciones* por rama, agrupando a trabajadores de la industria, salud, servicios, educación, etcétera. En cuanto a lo ideológico, si bien muchos de sus primeros propulsores tenían orígenes peronistas, se apartaron de la tradición *cegetista* de asociar sindicalismo y peronismo, y dieron amplia cabida a direcciones *pluralistas* y reconocieron la existencia de otras tradiciones obreras. Esos contenidos innovadores se desdibujaron, en parte, en los años recientes, al demostrar cierta incapacidad para acompañar el ascenso de las luchas y la radicalización de las mismas. En diciembre de 2001 la central se mantuvo ocupada en organizar un referéndum a favor de un amplio subsidio a los desocupados, y sólo por unos pocos días las urnas no fueron *barridas* por la movilización popular. Su enfoque, más *evolucionista*, apareció superado por el empuje de la protesta masiva. Y el resultado es que la CTA quedó sometida a cierto *silenciamiento* que, aunque por causas diferentes, tendió a coincidir con el de la CGT. La formación

de un movimiento político vinculado a la central, que parecía en parte una forma de salir del marasmo, fue algo anunciado reiteradas veces y nunca realizado. Producida la asunción de Kirchner, las organizaciones afiliadas a esta central fueron de las más afectadas por la tentación de la cooptación que se ofrecía desde el aparato estatal. Se manifestaron con mayor claridad las tendencias a la *moderación* asociadas al reformismo ideológico de buena parte de sus dirigentes, como las presiones derivadas del perfil de *capas medias* de sus principales sindicatos, arraigados en primer lugar en el aparato estatal y, en menor medida, en los servicios. Pese a ello, parte de su máxima conducción y de sus organizaciones de base, a pesar de retrocesos y vacilaciones, intentaron mantener una posición independiente, y fueron retomando en los últimos meses el camino de las protestas obreras y de las manifestaciones públicas. Queda por ver si logrará retomar sus banderas de democratización del movimiento sindical, su perspectiva *antiburocrática* en lo organizativo, y una visión de la sociedad que, sin tener características de izquierda radical, se alimenta de una oposición clara al giro del capitalismo argentino de las últimas décadas. Y si consigue ir superando su carácter de central minoritaria, cuyo arraigo se basa sobre todo en los trabajadores estatales, y cuya masa total de afiliados está muy por debajo de la CGT.

Las organizaciones de izquierda, que a menudo se identifican como *clasistas* y *antiburocráticas*, han mantenido su vigencia, sin tener avances de gran importancia en los últimos tiempos en el campo obrero y sindical. Junto con su papel protagónico en algunas empresas recuperadas (ver apartado correspondiente), han logrado encabezar algunos conflictos localizados que terminaron en triunfos, como el que abarcó a los trabajadores del subte en reivindicación de la jornada de seis horas por *trabajo insalubre*, algunas áreas del sector público, etcétera. La táctica tradicional de disputar poder sindical mediante la formación de listas *antiburocráticas* sigue dando resultados pobres, como se evidenció en los últimos meses en el sindicato gráfico o en el de la alimentación. Sí se registra un avance gradual y sostenido en el tiempo en un decisivo gremio como el de los trabajadores de la educación, donde listas *antiburocráticas* han ganado sindicatos locales, en número e importancia creciente. También es frecuente que grupos de trabajadores de orientación “clasista” ganen la conducción de comisiones internas o pequeños sindicatos locales (como es el caso de Astilleros Río Santiago o de los trabajadores mineros de Río Turbio); pero esto suele ocurrir con más frecuencia cuando la conducción sindical pertenece a la CTA en vez de pertenecer a los núcleos *duros* del sindicalismo burocrático.

Algunos sectores de izquierda participan en la CTA y adhieren a la táctica de formación de sindicatos *paralelos*, lo que es a su vez muy criticado por otros sectores de la izquierda, que sigue pensando en tér-

minos de central y sindicato único, aunque no siempre con total coherencia en la aplicación de esa línea. Otra línea de esfuerzo ha sido la de aunar las luchas de los trabajadores desocupados con las de los ocupados (como se registra en el parágrafo correspondiente a piqueteros).

EMPRESAS RECUPERADAS

Las fábricas y otras empresas recuperadas, por su parte, se convirtieron en una de las presencias más resonantes de los trabajadores ocupados, en un fenómeno que data de la década del noventa, que se fortaleció en consonancia con el avance de la crisis, y se radicalizó y ganó en visibilidad después de diciembre de 2001, al compás de la generalización de la rebeldía¹¹. En general, la *recuperación* es de empresas cerradas o a punto de hacerlo, con firmas en quiebra o cesación de pagos, donde los trabajadores mantienen o vuelven al funcionamiento la fuente de trabajo con diversas modalidades organizativas (la mayoría asume formas cooperativas, algunas reclaman *estatización con control obrero*) y distintos grados de democracia interna en el nuevo colectivo laboral¹². En la mayor parte de los casos son empresas medianas y pequeñas, y abarcan diversos ramos de actividad, con una fuerte presencia de la industria. Los trabajadores comprendidos en estas experiencias no pasan de unos pocos miles en todo el país, lo que ha llevado a algunos observadores a subestimar su importancia en función de ese criterio cuantitativo. Sin embargo, las empresas desataron un gran movimiento de solidaridad: convocaron a estudiantes, artistas, técnicos y profesionales¹³, establecieron colaboración con organizaciones sindicales *combativas*, hicieron pactos con organizaciones piqueteras o de productores rurales para intercambiar productos y materias primas, y realizaron una intensa labor de propaganda en torno a la importancia de no aislarse, no bajar los brazos y recuperar el valor de la asociación y del espíritu de lucha. Dos casos sobre todo, la textil

11 Para un análisis que toma variados casos de recuperación ver Carpintero y Hernández (2002).

12 En general, no ha habido casos en que los trabajadores disputen el control de las plantas con los empresarios en activo. De algún modo lo que se le achaca a los empresarios es el incumplimiento de su deber de dar trabajo, sin cuestionarles su derecho a dirigir la empresa y explotar a los trabajadores. Entre los numerosos ejemplos de recuperaciones, resulta muy significativo el de Zanón, que pudo nuclear a su alrededor una Coordinadora del Alto Valle, con varios sindicatos y agrupaciones de la región, relacionarse productivamente con los MTDs de la zona, y resistir exitosamente las tentativas de desalojo. Para una buena síntesis de la trayectoria de esta fábrica ver el texto de Josefina Martínez (2003).

13 Una empresa gráfica recuperada, Chilavert, imprime libros de organizaciones militantes; una pequeña fábrica de alimentos, Grissinopoli, albergó, al poco tiempo de *recuperada*, un centro cultural de intensa actividad; lo mismo ocurrió en Brukman, donde se organizó un Centro Cultural denominado "Rosa Luxemburgo" en las inmediaciones de la fábrica. Las empresas tendieron a generar un espacio solidario y creativo en torno a ellas.

Brukman y la fábrica de cerámicas Zanón, irrumpieron en los medios, llamaron la atención de las autoridades políticas, fueron escenario, por cierto, de represiones y amenazas, pero lograron el triunfo de mantener las fábricas en manos de los trabajadores¹⁴, y quizás marcaron un avance en ese descubrirse como *productores*, que al decir de Gramsci equivale a comenzar a sacudirse la condición sometida de asalariados.

Es un movimiento que se expandió a nuevas empresas cada vez y sigue ampliándose, sobre todo en empresas de envergadura mediana y pequeña, y en variados sectores de la economía (industria, comercio, transporte, etcétera). Pero con una corriente predominante que intenta circunscribir las *recuperaciones* al plano estrictamente económico-corporativo, de *defensa de la fuente de trabajo*, abdicando cualquier cuestionamiento al poder patronal. La idea es la de los obreros como *patrones de sí mismos* contrarrestando cualquier destello anticapitalista. El Movimiento de Fábricas Recuperadas, una agrupación que nuclea a varias de estas empresas, ha llegado a hostigar activamente a las tentativas más radicales, y a propiciar la desvinculación de los trabajadores de esos establecimientos del movimiento social que tendía a acompañarlos y *rodearlos*. También se manifestó en este campo ese cierto antagonismo entre el movimiento social y los partidos de izquierda, y entre las agrupaciones de izquierda entre sí. Cerámicas Zanón, fábrica de materiales de construcción de la provincia de Neuquén, permanece como símbolo de una perspectiva de recuperación con una postura radicalizada y anticapitalista, que incluso participa activamente en iniciativas *clasistas* de alcance nacional. La reivindicación *estatización bajo control obrero* ha sufrido derrotas frente al planteo de organización cooperativa, desplegado en su forma más estrecha y corporativa con el aliento de sectores gubernamentales y el encuadre legal que obliga a organizar las empresas como cooperativas. Por otra parte, el Poder Judicial no cesa en la defensa de la *propiedad privada*, y la amenaza de reposición de los patrones en el control de las empresas, y consiguiente desalojo de los obreros que las ocupan y trabajan en ellas, sigue en pie.

ASAMBLEAS BARRIALES

Dentro de las nuevas modalidades de organización popular, las asambleas barriales fueron las que nacieron al calor más directo de la rebelión popular de diciembre de 2001. Se conformaron inmediatamente

14 Los trabajadores de la fábrica Brukman, en realidad, soportaron una prolongada expulsión (desde abril de 2003) de los talleres, que les impidió permanecer en ellos y producir. Muy recientemente, se decretó la quiebra de la empresa, y los trabajadores, en trance de organizarse en cooperativa, fueron repuestos en el control de la planta. Para un breve análisis de Brukman en el contexto de los cambios de la clase obrera argentina y mundial, ver Campione (2003b).

después de producida esta, y en un par de meses alcanzaron una cifra cercana a las trescientas asambleas activas en todo el país. Su mayor presencia se dio en barrios de *clase media*, sobre todo de la Capital Federal y de las localidades más cercanas del Gran Buenos Aires. Muchos analistas las han vinculado especialmente a la reacción contra la inmovilización de los depósitos en el sistema bancario, que se produjo en dos etapas a partir de diciembre de 2001. En realidad, los ahorristas disconformes formaron sus propias agrupaciones aparte de las asambleas, y muchos de los participantes en las mismas no tenían depósitos en el sistema financiero. Más bien fue un intento de retomar organizada-mente la participación social por sectores que habían quedado fuera de la militancia y habían visto decaer o desaparecer a sus organizaciones de la etapa anterior (las sociedades de fomento¹⁵, los clubes barriales, los partidos políticos con militancia activa en el plano local), a lo que se unía un fuerte descontento con la dirigencia política y, en segundo término, la social en general. Y tuvieron como fundación simbólica, los *cacerolazos* de la noche del 19 de diciembre y las semanas subsiguientes. Tomaron del movimiento piquetero, los mecanismos horizontales de decisión, el debate abierto, los mandatos revocables, y se orientaron a un fuerte acercamiento con los trabajadores desocupados (e incluso con los cartoneros¹⁶). A comienzos de 2002 se popularizó la consigna *Piquete y cacerola, la lucha es una sola*, y se dio activo apoyo de las asambleas a los piquetes y a las movilizaciones hacia el centro de la ciudad de los piqueteros. Con el correr de los meses, disminuyó tanto la simpatía de *clase media* con la movilización popular como el peso e influencia de las asambleas vecinales.

Pero en contra de reiteradas predicciones sobre su definitivo ocaso, muchas de ellas siguen en actividad. Algunas se han extinguido o reducido a su mínima expresión, afectadas por disidencias internas, por el alejamiento de sectores menos politizados que se hartaron de esas disputas o vieron agotados sus objetivos específicos, etcétera. Pero otras, en número creciente, parecen ir tomando rasgos de organización permanente, han adquirido locales propios, *recuperados* al estilo de los

15 Agrupaciones de vecinos que tomaban a su cargo tareas de mejoramiento comunal ante la ausencia o morosidad de las autoridades oficiales. Impulsaban la extensión del alumbrado público, de la pavimentación de calles, de la higiene del espacio público, promovían plazas y espacios verdes en general, etcétera.

16 Los cartoneros, equivalentes a los *catadores* de Brasil, multiplicaron su número y visibilidad en lo más profundo de la crisis. Sólo parcialmente adoptaron formas de organización colectiva, a menudo en forma de *cooperativas* de carácter más económico que gremial. Su empeño en *ganarse el pan* con el propio esfuerzo, y su actitud mayoritariamente silenciosa, les ganó la simpatía de ciertos sectores más conservadores, que los contraponen a los *molestos* piqueteros. Algunas asambleas propugnaron iniciativas de apoyo y ayuda sanitaria a los *cartoneros*.

trabajadores con sus lugares de trabajo, realizan actividades de formación, mantienen comedores y centros culturales, participan en movilizaciones públicas por objetivos particulares o en solidaridad con luchas de otros sectores, etcétera. Más de una asamblea funciona en una ex sucursal bancaria, como mostrando que el repliegue de los apropiadores de los depósitos dejó espacio, no sólo metafóricamente, al avance de los grupos barriales, integrados en buen número por los perjudicados con las maniobras del capital financiero. La recuperación de un espacio público ni estatal ni partidario, con base en el barrio y en la identidad de “vecinos” parece destinada a perdurar y desarrollarse, sea a través de la forma asamblearia o de otras que vayan apareciendo.

ORGANIZACIONES CULTURALES, JUVENILES Y DE DERECHOS HUMANOS

Suele no asignársele la importancia debida a nuevas organizaciones y formas de lucha que utilizan el arte, la comunicación social, y diversas expresiones culturales como herramientas de lucha y resistencia. Casi todas ellas son de origen reciente, están conformadas por jóvenes de capas medias urbanas, en general de buena formación intelectual, de mediano a alto nivel de politización, y frecuentemente con capacidades para utilizar herramientas culturales de cierta sofisticación. Así han surgido grupos de videastas, fotógrafos, artistas plásticos (que a menudo realizan sus obras en las calles en forma de murales, graffitis, instalaciones permanentes o móviles, *intervenciones urbanas*), murgas y grupos musicales y de teatro que participan en las manifestaciones. Decenas de sitios de Internet dedicados a difundir propuestas *alternativas* o a divulgar e incluso generar *contrainformación*, a menudo con respaldo de agencias de noticias no comerciales y radios comunitarias¹⁷. Todas estas iniciativas tienen en común que acercan sus expresiones explícita y conscientemente al conflicto social y político, a menudo en clave de *reflejo* directo, otras por asociaciones más sutiles. Un importante papel ha jugado el cine documental y la fotografía, que a su vez se han visto difundidos y multiplicados en Internet, donde puede ingresarse a sitios que informan con profusión de imágenes sobre las luchas sociales y conflictos laborales. Durante el año 2002 funcionó a pleno el colectivo Argentina Arde que aunaba cine, fotografía y actividad informativa en Internet, acompañando constantemente a las movilizaciones, en particular las piqueteras. La fábrica textil Brukman, a raíz de la elevada difusión de su lucha y su situación geográfica cercana al centro de Buenos Aires, generó un movimiento de solidaridad de agrupaciones artísticas y culturales en torno a esa lucha.

17 Un nutrido y variado análisis de casos en torno a experiencias *contrainformativas* se encuentra en Vinelli y Rodríguez Esperón (2004).

En lo que respecta a la *contrainformación*, el momento de alza de las luchas en torno a diciembre de 2001 coincidió aproximadamente con el de difusión masiva de Internet (sobre todo en lo que respecta a los sistemas de alta velocidad), y esa fue la herramienta fundamental para formar *sitios* y agencias de contrainformación, difundidas a menudo por suscripción en correo electrónico. Así, se destacan Indymedia Argentina, La Fogata, Proyecto Cono Sur, las agencias Walsh, RedAcción, Argenpress, Nac&Pop, entre muchas otras. Esas agencias nuclearon a jóvenes periodistas-militantes y, dadas las características del medio, se asociaron rápidamente entre ellas y con sitios internacionales, intercambiaron noticias y corresponsales. Asambleas, movimientos piqueteros, organizaciones gremiales antiburocráticas produjeron sus propios sitios, siempre con la mediación de toda una generación de *técnicos* en informática, la mayoría de ellos con formación autodidacta o informal, que asocian el manejo del soporte técnico a la militancia política y social.

Una mención aparte merece una modalidad de lucha novedosa, los escraches. Se originaron específicamente ligados a la lucha contra la impunidad, e impulsados por una organización de DD.HH. fundada en la segunda mitad de los noventa, H.I.J.O.S. Originalmente dedicados a ex represores denunciados a sus vecinos en sus domicilios, los escraches¹⁸ se fueron expandiendo a personalidades y organizaciones de los más variados ámbitos, a los que se considerara acreedores de un repudio masivo. Se fueron acompañando de inteligentes técnicas de *espectacularización*, con la participación de artistas callejeros, músicos, murgas, una multiplicidad de mecanismos que garantizaran la resonancia en el vecindario y tendieran a lograr la ansiada *cobertura* de los *medios*. Y los propios medios masivos de comunicación fueron *escrachados* varias veces, bajo la acusación de diversas omisiones y falsedades.

En suma, han surgido un conjunto de organizaciones de nuevo tipo, o profundas reformulaciones de otras ya existentes que, con los piqueteros a la cabeza, pusieron en práctica mecanismos de democracia directa con las decisiones tomadas en deliberaciones colectivas y con una dirigencia basada en delegados con mandato imperativo y revocable. Ese cuestionamiento práctico de la representación política, la búsqueda a tientas de una *desburocratización* de la militancia social, es tal vez uno de los legados más valiosos del movimiento social en Argentina de los últimos años que acompañó con fuerza el progresivo avance de las movilizaciones en la segunda mitad de la década del noventa, y al-

18 Escrache es un viejo término de la jerga tradicional de Buenos Aires (lunfardo), que originariamente significa *rosto*, y que daba lugar al verbo *escrachar* (algo así como poner en evidencia o *desenmascarar*). Era utilizado con frecuencia en la jerga policial, y fue apropiado por H.I.J.O.S. para *escrachar* no delinquentes buscados por las *fuerzas del orden* sino militares y policías comprometidos con la tortura y el asesinato.

canzó un nuevo estadio a partir de diciembre de 2001. El rechazo no sólo a la institucionalidad estatal, sino a las formas tradicionales de organización de las fuerzas contestatarias (en general estructuras fuertemente profesionalizadas en su dirección, con una conducción verticalista y un discurso unificado desde la cúpula), ha tomado en este campo un sentido positivo, de construcción nueva. Resulta significativo que, en los últimos años de la década del noventa, después del apogeo de una forma de ejercicio del poder estatal con un propósito activo y consciente de desorganización de las clases subalternas, que trató de sembrar por todos los medios la ideología y los comportamientos individualistas y el desprestigio de la acción colectiva, desde las clases subalternas se generaran no ya nuevas formas de acción colectiva, sino prácticas de fuerte radicalidad en su concepción de democracia.

Con todo, no dejó de plantearse la contradicción entre eficacia y participación colectiva, entre claridad de discurso y multiplicidad de voces, entre liderazgos reconocidos y organización horizontalista. Son temas cuya irresolución, y los choques y *callejones sin salida* a que aquella llevó, han dificultado un fortalecimiento aun mayor de las organizaciones sociales, y acentuaron una dicotomía improductiva entre *organización y espontaneidad*, o entre *partidistas y no partidistas* (Thwaites Rey, 2003; y en otra línea de análisis, Boron, 2003). Cabe esperar que la reflexión lúcida, inspirada y articulada con las luchas, aporte formas de resolver esos dilemas.

LAS PERSPECTIVAS VENIDERAS

Producido el reflujó del auge de movilización y lucha que atravesó el año 2002, y vueltas las instituciones políticas a la *normalidad* relativa de su desenvolvimiento actual, la pregunta que queda abierta es cómo se proyectará en el futuro el proceso simbolizado en la *bisagra* del 19-20 de diciembre. De las supervaloraciones (más bien lecturas esquemáticas) del momento de auge que juzgaban hallarse en la antesala de una revolución, se corre el riesgo de pasar a la subvaloración ante el momento de declive, juzgándolo como definitivo e irreversible, y tendiendo a pensar que *no quedó nada* del movimiento. Y también toma fuerza la idea de abandonar las *fantasías* y conformarse con la propuesta de un país *normal*, un capitalismo *serio*, y unas instituciones *saneadas*, que predica el nuevo gobierno. De una manera o de otra, se propende la *vuelta al redil*, el resignarse a que el predominio del capital concentrado, y el carácter mediatizado de la democracia política son características esenciales e inmodificables de nuestras sociedades actuales, y Argentina no sería para nada la excepción.

Lo cierto es que la Argentina de hoy está signada por el 19 y 20 de diciembre, y la propia clase dominante y el aparato estatal se han visto forzados a tomar nota de ello. No en vano aparece una y otra vez en su

discurso la idea de que *Argentina se asomó al abismo*. Y ellos bien saben que el precipicio no significa necesariamente un caos inmanejable, sino la posibilidad de que las fuerzas populares consigan transformar relaciones sociales fundamentales. Y los supuestos beneficios del orden existente se han desvirtuado lo bastante como para que a la convocatoria a defenderlo le cueste encontrar reclutas entusiastas.

El clima político-cultural ha cambiado, y hoy hasta los adalides de la derecha liberal-conservadora han debido modificar su discurso, y aparentar aguda preocupación con los sufrimientos de las clases subalternas. Cuando el gobierno nacional lanza la consigna de construir un *país normal*, está marcando, de modo apenas implícito, la meta de *normalizar* a las clases subalternas. Esto en el sentido de volverlas a la restricción al sufragio como única participación sustancial en la vida política, de sacarlas definitivamente de las calles, pues la dirigencia ha experimentado la pérdida de control de la situación, siquiera pasajera, y desea alejar la posibilidad de que se repita. Apenas se dibuja como alternativa la de operar cierto *transformismo* que coloque a las movilizaciones populares en una lógica previsible, que vuelva a aceptar una conducción *desde arriba*, afín al poder político.

En cuanto a las perspectivas abiertas en el futuro cercano, quedan varios interrogantes no resueltos, entre ellos:

- La posibilidad de que se produzca un proceso de activación en el movimiento obrero ocupado, bajo la dirección o al margen de las direcciones sindicales tradicionales.
- Si el movimiento de trabajadores desocupados mantendrá su presencia pública y, en ese caso, si conseguirá o no formar instancias de articulación más amplias, recreando el consenso que alcanzó en otros sectores sociales en el momento más álgido de la movilización.
- El desarrollo o no de una perspectiva de convergencia de trabajadores ocupados y desocupados en un movimiento, si no único, al menos articulado¹⁹.

19 Una mayor articulación de los movimientos de trabajadores ocupados y desocupados (tanto los de *fábricas recuperadas* como los más tradicionales) tiene una base en la potencial toma de conciencia del empobrecimiento absoluto de todos los trabajadores, ocupados o no, en los últimos años y del hecho de que la expulsión de trabajadores por un lado, y la superexplotación y los bajos salarios por otro, son fenómenos completamente interconectados. Los trabajadores ocupados, formales o no, con contratos de trabajo tradicionales o con alguna de las múltiples formas de contrato temporal, siguen siendo millones de personas en el país; y no hay por qué adscribir a la idea de que el lugar de trabajo haya perdido significación, de un modo definitivo, como lugar de la movilización y el conflicto, bien que no pueda seguirse pensando en términos de la fábrica tradicional como fuente de la *vanguardia* predeterminada del movimiento de trabajadores. De la tendencia a minimizar la presencia social e influencia de los trabajadores asalariados se ocupan los trabajos compilados en Martínez et al. (2002).

- Si la organización de amplios sectores de las capas medias con propuestas radicales se mantendrá o habrá un vuelco *moderado* perdurable, siendo que es en este sector en el que parece haber avanzado más la tendencia al *reflujo*, acelerada por la confianza, masiva en sus ámbitos, hacia el carácter progresivo del gobierno actual.

Seguramente se vivirá una puja entre el mantenimiento de autonomía y la cooptación de las organizaciones populares, en la que *desde arriba* se procurará reencauzarlas en los mecanismos de organización y representación tradicionales, o en los casos en que esto ya no es posible, *domesticar* las nuevas formas organizativas. Y ese proceso irá acompañado por la batalla entre los que pretendan reinstaurar un sentido común conformista, que acepte como infranqueables el control de la sociedad toda por el capital y el *formalismo* de la democracia realmente existente; y quienes desde las clases subalternas sepan procurar adaptar y re-crear para la duración más prolongada y los momentos de relativa calma, las aspiraciones democráticas y el cuestionamiento al orden social que alentó en las movilizaciones de diciembre de 2001.

Un problema de fondo es si podrá lograrse *desde abajo* una articulación política de todo el vasto y variopinto movimiento generado, proporcionando una presencia de alcance *universal*, portadora de las demandas de democratización radical y los cuestionamientos a las peores manifestaciones de la opresión capitalista, y sin avasallar la capacidad de iniciativa y toma autónoma de decisiones de los variados grupos que desconfían de las propuestas políticas justamente por la recurrente tendencia hegemónica e *instrumentalista* de las fuerzas contestatarias ante sus demandas. El primer paso es comprender que no se trata de *reducir a la unidad* lo múltiple, sino de proporcionar una orientación común que no anule la diversidad. La multiplicidad y heterogeneidad del movimiento social puede ser tomada como una falencia a resolver (generalmente desde perspectivas “vanguardistas”) o como un bien en sí mismo que aleja de ideas *desactualizadas* como la de disputar el poder con el Estado y las clases dominantes (generalmente desde el *autonomismo* exacerbado). Una perspectiva potencialmente más fructífera sería tomarla como un rasgo distintivo, una riqueza a desarrollar en un sentido progresivo para el movimiento social real, pero de la que también emanan inconvenientes e insuficiencias. Ello puede permitir la fijación de objetivos comunes y acuerdos básicos en las vías para alcanzarlos, sin pretender el establecimiento de una dirección única ni la absorción de lo diverso por algún *centro* homogeneizador.

BIBLIOGRAFÍA

- BORON, Atilio 2003 "PODER, 'CONTRAPODER' Y 'ANTIPODER'. NOTA SOBRE UN EXTRAVÍO TEÓRICO-POLÍTICO EN EL PENSAMIENTO CRÍTICO CONTEMPORÁNEO" en *Chiapas* (México DF: Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM/Era) N° 15.
- Campione, Daniel 2003a "Figura en un paisaje. Argentina en la rebelión latinoamericana" en *Argenpress Info*. En <www.argenpress.info> 2 de noviembre.
- Campione, Daniel 2003b "Movimiento obrero, fábricas recuperadas, Brukman. Algunos apuntes" en *Rebelión*. En <www.rebellion.org> 2 de junio.
- Carpintero, Enrique y Hernández, Mario (comps.) 2002 *Produciendo realidad: las empresas comunitarias* (Buenos Aires: Topía).
- Dinerstein, Ana C. 2003 "Recobrando la materialidad: el desempleo como espacio de subjetivación invisible y los piqueteros" en *Herramienta* (Buenos Aires) N° 22.
- Fajn, Julio Gabriel 2002 "Exclusión social y autogestión: cooperativa de recicladores de residuos" en *Revista del Instituto de la Cooperación* (Buenos Aires) N° 139, mayo-junio.
- Flores, Toty 2002 *De la culpa a la autogestión. Un recorrido de Trabajadores Desocupados de La Matanza* (Buenos Aires: MTD Editora).
- Holloway, John 2002 *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy* (Buenos Aires: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Herramienta).
- Iñigo Carrera, Nicolás y Cotarelo, María Celia 2003 "La insurrección espontánea. Argentina diciembre 2001. Descripción, periodización, conceptualización" en *PIMSA Documentos y comunicaciones* (Buenos Aires) Año VII, N° 7.
- Lucita, Eduardo 2002 "Fábricas ocupadas y gestión obrera en Argentina. Ocupar, resistir, producir". En <www.geocities.com.economistasdeizquierda.producir>.
- Martínez, Josefina 2003 "Fábricas ocupadas bajo control obrero. Los trabajadores de Zanón y Brukman" en *Memoria* (México) N° 172, junio.
- Martínez, O.; Ciffarelli, V. y Rodríguez Crespo, D. 2002 *De eso no se habla. Organización y lucha en los lugares de trabajo* (Buenos Aires: Taller de Estudios Laborales).
- Mazzeo, Miguel 2004 *Piqueteros. Notas para una tipología* (Buenos Aires: FISYP).

- MTD Almirante Brown 2002/2003 “Los Movimientos de Trabajadores Desocupados” en *Herramienta* (Buenos Aires) N° 21.
- MTD Solano/Colectivo Situaciones 2002 *La hipótesis 891. Más allá de los piquetes* (Buenos Aires: Ediciones de Mano en Mano).
- Olmedo, Jesús 2003 *Los desocupados de La Quiaca. 12 años de luchas junto a otros sectores sociales 1992-2003* (Salta: Fundación El Monte).
- Pacheco, Mariano 2004 *Del piquete al movimiento. De los orígenes al 20 de diciembre de 2001* (Buenos Aires: FISYP) N° 11.
- Svampa, Maristella y Pereyra, Sebastián 2003 *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras* (Buenos Aires: Corregidor).
- Sztulwark, Diego 2003 “Prólogo” a Ferrara, Francisco *Más allá del corte de rutas. La lucha por una nueva subjetividad* (Buenos Aires: La Rosa Blindada).
- Thwaites Rey, Mabel 2003 “La autonomía como mito y posibilidad” en *Argenpress Info*. En <www.argenpress.info> 5 de junio.
- Tichsler, Sergio 2004 “La forma clase y los movimientos sociales en América Latina” en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) N° 13, enero-abril.
- Vinelli, Natalia y Rodríguez Esperón, Carlos (comps.) 2004 *Contrainformación. Medios alternativos para la acción política* (Buenos Aires: Peña Lillo).
- Zibechi, Raúl 2003 *Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento* (Montevideo/La Plata: Nordan/Letra-Libre).